

XVII

La desbandada.

El pronóstico de los médicos fué muy triste. Sin embargo, indicaron que el desenlace funesto estaba aún lejano, con lo cual hubo esperanzas y algun sosiego en la casa. Tan consolador es el tiempo que está por venir como el que ha pasado, y las desgracias aplazadas así como las transcurridas, se pierden en ese indeterminado horizonte detrás del cual está el ancho hemisferio del olvido. En la familia de Tellería empezó á renacer la calma, y cada individuo de ella fué recordando poco á poco su habitual fisonomía. Gustavo, era diputado y pasaba todo el día en el Congreso. La marquesa, sin dar completamente tregua á la pena real que la dominaba, habia recobrado aquella dulce expresion de conformidad con el mundo terrestre, mezclada siempre de cierto pietismo

quejumbroso de lo cual resultaba una especie de resignacion á gozar. Las cosas fútiles la ocupaban largas horas. Una mañana encontróla Leon muy indecisa en frente de una coleccion de sombreros de verano traídos de la tienda en enorme caja forrada de hule. Habia allí todas las variedades creadas cada mes por la inventiva francesa. Véanse nidos de pájaro adornados de espigas y escarabajos, esportillas hendidas con golpes de musgo, platos de paja con florecillas silvestres, casquetes abollados, pleitas informes con picos de candil, cubiletes con alas de chambergo y pechugas de colibrí, solideos rodeados de gasas, en fin, todas las formas extravagantes, atrevidas ó ridículas con que la fantasía delirante de los artistas de modas emboha á las mujeres y arruina á los hombres. La marquesa los miró ^{los} todos, agraciando á cada cual con una observacion picante y discreta, como mujer de refinadísimo gusto. Se puso algunos, los probó ante el espejo moviendo su cabeza para buscar mejor los efectos de línea y de color y al fin los devolvió todos á la caja, diciendo:

—No compro nada... Todavía es posible que vayamos á Francia... Allí compraré, como otros años, todo lo que necesite, y lo introduciré... lo introduciré... Yo me sé en-

tender con la Aduana. Si, es posible que vayamos... ¿Pero no sabes, Leon...?

Este habia presenciado con su mujer y con Luis Gonzaga la inspeccion de sombreros, dando su parecer cuando se le pedia. La conversacion pasó de la moda al contrabando. Los dos gemelos estaban mudos y tristes, mayormente Luis que fijaba sus ojos con insistencia en la jardinera inmediata al balcon, llena de gomeros, algun rododendron y hermosas azaleas cubiertas de flores rosadas.

—¿No sabes, Leon?—añadió Milagros.— Ese mala cabeza de Leopoldo se nos marcha esta tarde. Va á Biarritz con esos chicos, con sus amigos. No le he podido contener... le he demostrado que quedándonos aquí todos por acompañar á Luis, él tambien debe quedarse. Dice que necesita los baños de mar y no le falta razon... Aprovecha la marcha del duque de Cerinola y del conde de Garellano, que tiene coche-salon.

Un criado á quien se preguntó por Polito, dijo que el señorito Leopoldo habia dicho que almorzaba fuera; que del palacio de sus amigos partiria para la estacion, sin volver á la casa de sus padres. Su equipaje estaba ya hecho y las maletas cerradas.

Tan extraordinaria manera de despedirse, demostrando á las claras el cariño filial y

fraternal de aquel benemérito mancebo, aflijó un tanto á la marquesa, que en medio de sus desvarios no carecia de afectos ni de conciencia. Leopoldo era, segun ella, un chico detestablemente educado, aunque no por culpa de su madre, un calaverilla empedernido, insensible á todo dulce afecto, y que por montar un caballo prestado, ó guiar un coche ageno, ó viajar en el wagon del amigo, ó estrechar la mano de Higadillos, ó poner á una carta unos cuantos duros, era capaz de volver la espalda á su familia en los momentos de mayor conflicto.

El marqués, que se acababa de presentar vistiendo elegantísimo traje claro de verano, recibió la noticia con escepticismo mundanal, que parece en ciertas bocas la fórmula más pura del buen gusto.

—Es natural,—dijo,—que los muchachos se diviertan... Despues viene la edad madura, los achaques, las graves preocupaciones de una posicion social consagrada á la vida pública, el reuma... por ejemplo, aquí estoy yo que á todo trance necesito un pozo de carena... y no puedo menos de tomarla. El médico se ha puesto furioso cuando le dije que no podia salir este verano... “¿Cómo se entiende, señor marqués?... Un jefe de familia no debe descuidar su salud. Le condeno á usted á ba-

ños. ¡Sentencia inapelable! En resumen, queridos, he resuelto marcharme mañana.

La estupefacción de la marquesa parecía despecho y enojo. ¡Todos libres y ella esclava, amarrada al nefando potro del veraneo en Madrid, á ese potro no tan ignominioso por lo molesto como por lo *cursi*!

—Nuestro querido Luis, añadió D. Agustín acariciando la barba de su hijo, —mejora de día en día. No hay cuidado por él. Le conviene el reposo. Un verano en Madrid, al lado de su madre... Con cuánto gusto os acompañaría; pero estoy fatal. Varios amigos me han comprometido á tomar con ellos el tren de mañana.

Al decir esto se habia quedado solo con Leon, porque Milagros con sus dos hijos gemelos pasó al comedor.

—Yo no hago aquí falta, —prosiguió el marqués paseando en compañía de su hijo por la hermosa sala adornada de los mil preciosos cachivaches de exportacion francesa en tapicería, cerámica y mueblaje que han venido á llenar en las casas aristocráticas el vacío de las verdaderas obras de arte, arrancadas de su esfera natural por las quiebras, y llevadas á los museos por el *dilettantismo* del Estado;— yo no hago falta aquí. Ya debes suponer que no me voy tranquilo. Por cierto que me enfa-

da la ligereza de mis hijos, huyendo á la desbandada de la casa paterna, cuando la pobre Milagros necesita de su compañía para sobrellevar la enfermedad de Luis... porque Luis está grave, no nos hagamos ilusiones. Yo creo que tirará; puede ser que rebase este otoño, pero el invierno... de todos modos, los chicos han hecho mal, muy mal. Leopoldo se va esta tarde y Gustavo mañana. No lo hubiera creído en Gustavo, pero ya se ve... está enamorado, perdidamente enamorado. La marquesa de San Salomó se va mañana para Arcachon, Paris y el Havre. Gustavo sale tambien para el extranjero, y ya sabemos que las cartas se le han de dirigir sucesivamente á Arcachon, Paris y el Havre. Bonito viaje, ¿no es verdad? La marquesa de San Salomó es linda y elegante, mi hijo tiene grandes atractivos... pero ¿quién sabe si será verdad lo que dicen! yo no lo creo. No hay duda que la oratoria ardiente de Gustavo, sus defensas arrogantes, briosas del catolicismo, hicieron extragos en las tertulias elegantes. Desde muy temprano era de ver la tribuna llena de preciosas cabezas, adornadas de los más lindos sombreros, y allí se oía un murmullo delicioso de disputas y alabanzas. Porque eso sí: teneis que confesar que la mujer es entre nosotros salvaguardia de las *venerandas creencias de nuestros padres*.

¿Quereis hacer la transformacion de las conciencias, señores ateos? pues empezad por suprimir esa encantadora mitad del linaje humano... La verdad es que Gustavo habla maravillosamente: sus palabras de fuego conmueven la Cámara y alborotan las tribunas. Luégo ha escogido un tema tan simpático, tan elocuente de por sí, un tema que habla al sentimiento, al alma, á la fé, á lo que hay de más sagrado, de más divino en nuestra alma, y que conforma admirable con la *hidalgua castellana*. El marqués de Fúcar me dijo ayer guiñando el ojo: "Tellería, este chico sabe el camino,... Yo tambien lo digo: Gustavo sabe á donde va... y por donde se va. Reune tantas buenas cualidades, que es, como me decia en la tribuna del Senado D. Cayetano Polentinos, "un verdadero archivo de esperanzas., Talento, buena figura, ese ardor parlamentario... No obstante, me hubiera gustado ver en él un poco más de apego á la familia... Que emigre yo, tan necesitado de repóso y salud; pero Gustavo... Comprendo la atraccion invencible de una mujer como la marquesa de San Salomé... Ya, ya vamos. (Se habia presentado un lacayo, diciendo que el almuerzo se enfriaba. ¿Tienes ganas de almózar, Leon? Á tí tambien te sentaria levantar el vuelo.

Al dia siguiente Leon despedia en el em-

barcadero del Norte al marqués y á Gustavo que iban en el mismo tren, pero en coche distinto, en compañía distinta, aunque ambos con billete de favor debido á la amistad de los consejeros de administracion

—No he podido prescindir de este viaje,— le dijo Gustavo, tomándole del brazo y llevándole á dar un paseo por la parte del andén donde habia ménos gente. Si algo ocurriese en casa, me pones inmediatamente un parte telegráfico... ¿Ves? ahí está ya esa mujer: me lo figuré desde que ví á papá preparando su viaje: ¿la ves?

—¿Á quién?

—Á la Paca... á la *Paquirá*... esa.

Entre la compacta muchedumbre sobre la cual parecian sobrenadar cantidad de sombrerillos empenachados de rústicas flores contrahechas, de plumajes sutiles y de velos verdosos y azules como girones de nubes que empañaban las caras, Leon vió una muchacha de gracioso rostro y elegante figura, que disputaba con el vigilante por dos asientos de berlina.

—Allá está papá con dos de sus amigos que salen tambien... Y yo pregunto: ¿á dónde conduce esta absurda ligereza de un hombre que debia considerar su edad, sus deberes, el estado de nuestra casa, su posicion

social...? El afán de ser siempre joven mata á la sociedad presente... Si tú no sales, acompaña á mamá y á Luis todo lo que puedas. Mamá está muy afectada: esta desgracia ha sido para ella como un aviso del cielo, como una advertencia para que deje de ver en la vida una sucesión perpétua de goces. ¿Será aprovechada la lección? Me temo que no. Su corazón es bueno; pero su carácter está lleno de debilidad. Me indigna el ver cómo la entenece el pillete de Leopoldo para sacarle dinero. Mamá es así: todo el que pide para divertirse la encuentra propicia... Pero el tren se va... Papá no ha entrado en el departamento donde va la Paca; pero está en el inmediato con sus amigos. Al ménos que evite el escándalo... Yo me entro en este salón. Nos hemos reunido varios amigos del marqués de San Salomó, que ha tenido la bondad de invitarme. Adios; que me escribas; que me pongas un parte si ocurre algo. Arcachon, Hotel Brisset... Más tarde en Paris, *poste restante*.

XVIII

El asceta.

Leon observó que Luis Gonzaga estaba en la casa paterna fuera de su centro. Aquella figura rígida y macilenta, enfundada en negro sayal con faja del mismo color que amenguaba su mezquina cintura, con la cabeza descubierta, el semblante inclinado, la vista en el suelo clavada, la tez glutinosa, el cuello flaco y vacilante, cual si no pudiera resistir el peso de la cabeza; las manos largas, amarillas, transparentes, como haces filamentosos, y sin más fuerza que la necesaria para cruzarse orando, discurría como una sombra maldecidora por las salas revestidas del abigarrado papel ó de las chillonas tapicerías. Era una mancha oscura y triste caída sobre el mueblaje de colorines y oro, sobre los exóticos objetos de estilo japonés, cuyas aisladas figuras de pesadilla parecían armo-